

ACTA PEDIÁTRICA DE MÉXICO

2003;24(6):339-42

¿Realmente hemos perdido el rumbo?

Los problemas éticos de la medicina contemporánea como resultado de los avances tecnológicos y los cambios en la sociedad y en la cultura, han atraído el interés de filósofos, abogados y por supuesto de los médicos.

Vivimos una época de transformaciones importantes, tal vez la más radical que ha conocido la humanidad. Época de revoluciones intelectuales y por lo mismo, de crisis de valores. La historia se acelera con el consiguiente azoro de quienes presenciamos tales hechos. En el siglo que acaba de terminar hubo eventos trascendentales de la historia, entre los que destacan la revolución mexicana de 1910, la primera guerra mundial de 1914 y la revolución rusa con el nacimiento del Comunismo en 1917, la Segunda Guerra Mundial 1939-1945 y que concluyó en 1991 con la desintegración de la Unión Soviética y el fin de la bipolaridad. Un nuevo orden económico y político trascendió las fronteras y se afirmó la idea de que el liberalismo democrático triunfó sobre el fascismo, el socialismo y el fundamentalismo. La lógica simbólica que transitó a la objetiva con la modernidad, en la actualidad se centra en la cibernética. La filosofía del cambio constante conduce a pensar que todo es transitorio. Mientras que las civilizaciones antiguas duraron milenios, las nuevas culturas llegan a su fin en décadas. Lo que hasta hace poco se consideró inmutable, hoy día está sujeto a cambios cada vez más acelerados. Todos los paradigmas estallan y la medicina no podía ser la excepción.

En el cuidado de la salud el péndulo ha oscilado de lo individual a lo social; del énfasis en la curación al énfasis de la prevención; del ciudadano y de la comunidad como sujetos pasivos a su participación activa; del trabajo individual al trabajo en equipo y de la gran autonomía del médico a su sujeción a las normas establecidas por las instituciones en las que labora. Por otra parte, los avances técnicos de la medicina han incrementado grandemente el poder de los médicos y hoy sus decisiones tienen mayores consecuencias sobre la vida de las personas, que en el pasado. Además, la relación del médico con los enfermos, en los diversos escenarios en que ocurren los actos médicos, experimenta

también cambios irreversibles. Uno de estos cambios es que tanto los médicos como los enfermos han perdido la libertad de escoger. Algunos sostienen que sin el ejercicio de esta libertad, las bases de la relación se alteran en forma sustancial.

Los médicos confrontamos hoy en día nuevos problemas y también viejos problemas pero en circunstancias nuevas. Menciono algunos: Las intervenciones médicas relacionadas con la iniciación, la prolongación y la interrupción de la vida. Procedimientos de diagnóstico y tratamiento más eficaces y también más peligrosos; el uso de fármacos que alteran la conciencia, el humor y la conducta; las implicaciones de la experimentación clínica en seres humanos, etc. Estos cambios y los demás que se generan en el seno de la sociedad, han afectado profundamente la práctica de la medicina y hace necesario que revisemos críticamente sus metas y los valores que la rigen.

Esta disposición reflexiva es tanto más urgente cuanto que, en la sociedad pluralista y consensual, los valores tradicionales de la medicina han perdido la fuerza normativa que tuvieron en la sociedad más homogénea y autoritaria del pasado y algunos principios éticos, considerados inmutables, son hoy en día cuestionados. Ejemplos de estos cuestionamientos son las diferencias de opinión acerca de algunas conductas médicas, tales como la relacionada con la gestación y la prolongación de la vida o de la agonía, como suele suceder en las salas de terapia intensiva.

En la actualidad somos testigos y actores de revoluciones intelectuales en todas las disciplinas que están modificando la teoría y la práctica médica. Estas transformaciones paradigmáticas y del quehacer cotidiano obligan a un cambio en la enseñanza de la medicina. Por ello conviene discernir entre lo esencial de nuestra práctica, que permanece estable y sus atributos cambiantes que son los que en la actualidad la mantienen en crisis permanente. Es necesario advertir que la medicina o saber individual y socialmente necesario, es una articulación de teoría y práctica caracterizados por cuatro rasgos fundamentales que la distinguen y la convierten en excepcional.

El primero constituye uno de los discursos más antiguos de la humanidad que tiene como propósito aliviar el dolor, cuidar la enfermedad, eludir la muerte. Debido a su larga evolución este objetivo determinó, desde muy antiguo, nuestra profesión y ofreció como resultado la construcción, a lo largo del tiempo, de diversos paradigmas que orientaron nuestra disciplina. Una segunda cualidad que distingue a la medicina es la comprensión de la mente y cuerpo del hombre dentro de un pensamiento racional desvinculado de una causalidad sobrenatural. Esta circunstancia ha proporcionado a la medicina un entendimiento científico de la naturaleza. Este hecho se inició en la Grecia antigua y se desarrolla aun en la actualidad. Una tercera peculiaridad es resultado del pensamiento científico-técnico en torno al hombre y a su circunstancia: la contribución a la lógica objetiva que caracteriza a occidente y que la ubica dentro del pensamiento científico y técnico que se desarrolló con el surgimiento de la modernidad (el yo soy yo y mi circunstancia de Ortega y Gasset). La cuarta y última particularidad, que define a la medicina de nuestro tiempo, es que ésta se ha convertido en puerta de salida para la mayor parte de los descubrimientos científico-técnicos de diversas disciplinas; armonización de saberes que la definen como "La más humana de las artes, la más artística de las ciencias y la más científica de las humanidades".

Aun cuando la profesión de la medicina se remonta a las épocas más antiguas de la historia, renació y se cimentó con la creación de las universidades medievales en Europa, al mismo tiempo que la filosofía, la jurisprudencia y la teología. Sin embargo, a diferencia de las otras disciplinas, fue la única que creó una conexión estable con la ciencia y la tecnología. Esta circunstancia explica su vertiginoso crecimiento en el siglo XX, período en el que la ciencia y la tecnología adquirieron su mayor desarrollo y complejidad. Así la química se convierte en bioquímica, la estadística en bioestadística y epidemiología; la cibernética cumple funciones que explican los mecanismos reguladores del mismo; el cómputo electrónico en informática médica; los diferentes desarrollos tecnológicos en biotecnología y lo mismo sucede con un número interminable de materias interdisciplinarias.

La medicina, que a principios del siglo XX era un conjunto de prácticas poco científicas e inconexas, en la actualidad representa al conocimiento científico moderno. Por ello, algún pensador contemporáneo sostuvo que la medicina es la más joven de las ciencias. Pero esta circunstancia, la

del acelerado desarrollo científico-técnico, exige cambios sustanciales a la profesión médica; tanto así que se estima que en un lapso no mayor a cinco años, la mitad del conocimiento se desechará por obsoleto o pierde la importancia que originalmente se le había concedido. Esto se debe a que más del 90% de todos los hombres de ciencia conocidos en los anales de la humanidad están vivos y produciendo trabajos científicos. Dicho de otra manera, el 75% de los individuos más talentosos trabajan actualmente en el terreno de las ciencias. De tal suerte que hoy día cualquier discusión sobre la cultura tiene que plantearse el papel del desarrollo científico-técnico. Este hecho, además ha provocado en la medicina un incremento exponencial de su crecimiento tecnológico, al grado que la obsolescencia de muchos equipos médicos utilizados cotidianamente oscila entre ocho y catorce meses. El profesional de la medicina suele verse como apéndice de la máquina; los hospitales pueden estar sin médicos pero no sin aparatos.

Una de las críticas que más frecuentemente se hace a la medicina, ciertamente no la única, es que como consecuencia del énfasis desmesurado en los aspectos técnicos, se descuidan los valores y las virtudes que se habían considerado inherentes a la profesión. Se sugiere que algo anda mal en la medicina y que lo indicado es hacer un examen concienzudo de su filosofía subyacente, sus objetivos y sus estrategias.

El público profano también ha advertido nuestro predicamento y demanda que pongamos en orden nuestra casa y respondamos a los desafíos; que examinemos qué es lo que falló en la medicina en ese tramo de su historia; cuándo dejó de ser una profesión profundamente ignorante y se convirtió en una tecnología basada en la ciencia.

También se culpa a la burocratización de haber tenido efectos negativos en la medicina moderna. Se argumenta que la colectivización de la medicina ha generado una maquinaria burocrática impresionante, con la consecuencia de que el médico se ha visto despojado de su individualidad y como no tiene posibilidad de influir en el funcionamiento de esa maquinaria, ha perdido interés en su trabajo y su sensibilidad en el trato con los enfermos se ha erosionado.

Los médicos especialistas son objeto de críticas reiteradas. La principal es que si bien, el restringir su atención en forma exclusiva a un área muy limitada de la medicina los hace cada vez más competentes en el manejo técnico de ciertos problemas específicos, han perdido sin embargo, la visión del conjunto y se les escapa el hecho fundamental de

que en el organismo, la totalidad preside el funcionamiento de las partes.

El médico cada vez sabe más de menos y la paradoja es que algunos terminan por saber "todo, de nada". En realidad, las críticas a la medicina y a los médicos se originan en fuentes diversas y apuntan en varias direcciones. No hay duda de que en el seno mismo de la profesión hay un sentimiento de inconformidad que tiende a extenderse.

Hace algunos años, Iván Illich causó conmoción con su obra polémica "Medical Nemesis", que se inicia diciendo: "El establecimiento médico ha llegado a ser una amenaza grave para la salud". "La fascinación de los médicos con la tecnología tiene consecuencias deplorables para los enfermos y la gente está descontenta con la influencia que los médicos tienen sobre su vida". Con base en lo anterior, toma como objeto de sus ataques a los que identifica como reducto del poder profesional de los médicos.

Argumenta Illich que la mejoría en la salud general de la población, que la medicina exhibe con orgullo, debe ser atribuida principalmente a factores extramédicos y que en cambio, la medicina ha impuesto a la sociedad una tecnología muy costosa que está absorbiendo más y más recursos; que los médicos se entrometen demasiado en la vida de las personas y terminarán por incapacitarlas para vivir en forma independiente y saludable. Agrega que la profesión se ha vuelto inhumana e insensible y que sólo busca controlar y limitar a los hombres; que la situación tiende a deteriorarse y que muchos médicos no tienen ya simpatía ni compasión por los enfermos; que, como carecen de vocación, están obsesionados por el dinero. A su juicio, muchas innovaciones médicas no mejoran realmente la calidad de vida de los pacientes y muchos médicos manejan a sus enfermos como si fueran objetos y se interesan más por los análisis y los procedimientos que por la persona que está bajo su cuidado.

El remedio que Illich propone es radical: Eliminar la profesión como tal, haciendo de la medicina una actividad libremente accesible a todos; retirar todo apoyo público a la investigación médica y despojar a los médicos de sus privilegios profesionales. Illich exagera, pero no obstante el sesgo de sus argumentos, sería insensato ignorar sus críticas, porque ni él ni otros que en algún grado comparten sus puntos de vista están de paso. Además, algunas de sus críticas dirigidas principalmente a la medicina privada e individualista, contienen más que una partícula de verdad.

Illich cumple una función semejante a la del teatro del absurdo, que nos irrita para conmover nuestra indiferencia

y nos obliga a examinar nuestras creencias y suposiciones más fijas.

Sin embargo, no basta con rebatir estas críticas y aducir cifras en apoyo de nuestros argumentos. Horrobin, quien rebate a Illich con éxito, reconoce, entre otras cosas, que si para evaluar los procedimientos quirúrgicos y las técnicas en el diagnóstico pudiéramos por lo menos el mismo empeño que ponemos para asegurarnos de que sólo alcancen el mercado fármacos eficaces y seguros, así como que algunas intervenciones quirúrgicas e innovaciones tecnológicas nunca se hubieran generalizado, sólo utilizaríamos las que aportan ventajas indudables a los enfermos. En su conjunto, dice, la medicina podrá ser una actividad más sencilla, pero más humana; sobre todo, la profesión del médico sería ejercida con vocación, que es lo que más se necesita.

Quienes ven en el humanismo el remedio para evitar los excesos de la tecnología, piensan que si los valores humanos fueran mejor comprendidos y aceptados por los médicos, éstos tendrían una actitud más crítica en el uso de los recursos técnicos y mayor sensibilidad para ver a sus enfermos como personas. El principio es que cada estado de enfermedad y cada decisión médica tienen un aspecto técnico y un aspecto ético y que ambos están estrechamente unidos; ni uno ni otro pueden ser ignorados sin que esto tenga consecuencias.

Hay que advertir, que destacar la importancia de los valores de la medicina clínica no implica, como temen algunos, restar importancia a los aspectos técnicos. De hecho, el desgaste de la medicina en su dimensión humana no radica en la técnica, sino en el espíritu con que se ha aplicado y el hecho de que absorbe totalmente la atención de muchos médicos, quienes, como consecuencia de ello, descuidan otros aspectos del paciente. Se ha dicho con razón, que mientras el médico avanza en lo técnico, lo humano, lo social y lo político lo rebasan.

El concepto tradicional del humanismo en la medicina, el que privó hasta la mitad del siglo XX, se fundó en la convicción de que si el médico es una persona versada en las humanidades, es decir, en las lenguas, la literatura y la historia, adquiere por ello mayor comprensión de lo que es humano. Se ha llamado humanista al médico educado en las artes liberales, con talento para escribir con esmero, con elegancia y capacidad de incursionar con sensatez en el terreno de las ideas y de los problemas sociales. No puede dudarse que este humanismo tradicional es admirable y conserva su valor, aun cuando hay que reconocer que esta educación,

que libera el espíritu y es tan deseable en los profesionales, no es accesible a la mayor parte de los médicos ni les hace necesariamente más comprensivos con sus enfermos.

El ejemplo más completo de un médico humanista, en este sentido tradicional, fue Sir. William Osler, visto por muchos como el maestro más influyente en la medicina de los Estados Unidos. De él dijo Gilbert Murray al nominarlo para la Presidencia de la Asociación Clásica: "Representa un tipo de cultura que nuestra Asociación no desea ver desaparecer en este mundo, la de un hombre que, si bien se dedica a su tarea especial, conserva, sin embargo, una base amplia de interés en todas las clases de letras". Osler fue esencialmente el modelo del médico como hombre cultivado y educado. En él se combinaron en forma soberbia talentos clínicos, perspectiva científica, preocupación por lo humano y además, capacidad de alcanzar la excelencia en esas habilidades a las que tradicionalmente se ha identificado con la educación liberal: la habilidad de pensar, escribir y hablar con claridad; tener gusto, ser persuasivo y tener sensibilidad moral.

Cierta familiaridad con la literatura, el arte, la sociología y la historia de las ideas enriquece y distingue al médico educado de aquel que solamente está adiestrado o en otros casos entrenado a la manera de un boxeador de carpa. Es un hecho que la persona cultivada puede abarcar un panorama más rico y tener más elementos para pensar y reflexionar críticamente. Sin embargo, ser educada no necesariamente hace más considerada y compasiva a una persona. Tal vez es

esperar demasiado si se piensa que la educación liberal por sí misma, da al médico un sentido de los valores implicados en su profesión y lo hace más humano en el trato con sus pacientes.

La obligación de los médicos para sus pacientes no se deriva de la ideología, la historia o la sociología de la profesión; no deben estar influidos por el hecho de que la retribución que obtenga por sus servicios sea directa o indirecta. Se deriva del impacto de la enfermedad sobre la condición humana; de la vulnerabilidad de la persona enferma, de su necesidad de ser amparada y de la naturaleza intrínseca de su relación con el médico.

Todas las anteriores consideraciones son válidas para la medicina en general, pero me pregunto ¿Qué tanto esto es lo que acontece en nuestro Instituto? Esta pregunta está abierta y creo que cada quien puede tener una respuesta o bien ¿sería útil que entre todos la contestáramos?

BIBLIOGRAFÍA

1. Frenk J. El caso de la Medicina. *Nexos*. 1990;12:pp55-9
2. Fukuyama F. El fin de la historia y el último hombre. Barcelona 1992
3. Horrobin DF. Whither medicine? Nemesis or not? A reply to Ivan Illich. *World Health Forum* 1980;pp139-41
4. Thomas L. The youngest science. Nueva York, Bantman Books 1983

Dr. Fernando Rueda Franco

Director Médico. INP